

CAPÍTULO III.

LAS NACIONALIDADES Y LA HUMANIDAD.

§ I. — ¿Hay nacionalidades?

I.

En la antigüedad había vastos imperios en Oriente, y en el mundo occidental ciudades cuya tendencia era extender su dominación por la vía de las armas. Roma realizó la ambición de los conquistadores, fundando una monarquía universal, lo que es la negación de las nacionalidades. Existían, pues, Estados, pero no naciones. La diferencia es grande entre naciones y Estados. Una nación es una sociedad política en la que todos sus miembros están unidos por simpatías y necesidades que les llevan á agruparse los unos con los otros, mientras que un Estado se limita, por lo común, á una reunión accidental de individuos agregados más bien que asociados por una fuerza soberana que los domina. Una invasión de pueblos bárbaros, ó la conquista ó el matrimonio de príncipes, ó la herencia, les han constituido, reduciéndose, por tanto, á una creación artificial, independiente de las leyes de la naturaleza y de las poblaciones, á un elemento variable sometido á los vaivenes de la política.

La tendencia de la humanidad es reemplazar los Estados, producto de la fuerza ó de convenciones arbitrarias, por Estados fundados sobre el elemento natural de nacionalidad. Para convencerse de ello, basta echar una ojeada sobre la historia de Europa después de la invasión de los Bárbaros. Comienza por una tentativa estéril de restauración de la unidad romana. Luego la Europa se fracciona en multitud de pequeños Estados, ligados entre sí por la jerarquía feudal. Sobre esta infinita diversidad se levantan dos jefes, el papa y el emperador, que pretenden la dirección suprema de la cristiandad. La idea de nacionalidad no existe aún. Luchando contra la monarquía universal del papa es como los pueblos adquieren conciencia de su existencia individual é independiente. Al mismo tiempo declina el feudalismo, desaparecen los vasallos y se funden en la unidad nacional. Sin embargo, las naciones no figuran todavía en el teatro de la historia. Tienen sus representantes en los reyes, órganos por lo común infieles, y á los que se ha hecho demasiado honor atribuyéndoles la ambición de constituir las nacionalidades; s

acaso en algo han contribuido, es como instrumentos de la Providencia. Dios se sirve de las grandes revoluciones para reunir los elementos de las naciones y preparar su forma definitiva en Estados. Tal fué la revolución religiosa del siglo XVI y la política del XVIII. No pocas creaciones artificiales de la conquista y de la diplomacia han desaparecido bajo la influencia de esos grandes acontecimientos. En 89 había doscientos cuarenta y nueve Estados soberanos en Europa. Antes de las últimas transformaciones que han tenido lugar en Italia y en Alemania, no quedaban más que sesenta y seis. Las guerras de Italia y de Alemania han disminuido todavía el número, y el movimiento de concentración no ha terminado.

La historia es la revelación de los designios de Dios. Si la humanidad, en su marcha providencial, tiende á dividirse en naciones, natural es preguntar: ¿hay nacionalidades? ¿Supone la idea de nacionalidad un progreso sobre la idea de Estado? Negar la existencia de nacionalidades diversas en el seno de la especie humana fuera negar la luz del día. Los hechos y la ciencia atestiguan que hay razas diversas que se distinguen por su organización física, por sus aptitudes intelectuales y morales. ¿Se limita á esto la diversidad? ¿Hay identidad entre los pueblos que pertenecen á la misma raza? No, ciertamente. Todos los pueblos de Europa son originarios del Asia, todos de familia arya; pero ¿qué prodigiosa diferencia de carácter y de destino entre los Griegos y los Indios, entre los Romanos y los Helenos, entre los Alemanes y Italianos, entre los Franceses y los Ingleses, entre los Españoles y los Rusos! ¿Serán estas diversidades nacionales pasajeras, y como tal accidentales? Al contrario, nada más tenaz ni más fuerte que el espíritu nacional. Los Latinos y los Griegos son hermanos; su fraternidad está sellada en la lengua que hablan. Sin embargo, el pueblo rey nunca consiguió asimilarse la raza helénica. La diversidad persistió, á pesar de un contacto secular. Roma cristiana heredó el genio de Roma pagana, y no existe unidad más absorbente que la que se funda en la unidad de creencias. ¿Quién rompió tan formidable unidad? Los Griegos toman la iniciativa en la rebelión de las nacionalidades contra la unidad excesiva que los papas quieren imponer á las inteligencias, y, por consecuencia, á las sociedades políticas. Muchas tentativas se han hecho

para restablecer la unión; todas se han estrellado ante el poder del espíritu nacional.

¿Qué elemento de nacionalidad es este que representa un papel tan importante en el siglo XIX? Grandes son sobre este punto las discusiones; la diversidad de las opiniones se funda en las pasiones que el nuevo principio despierta, en los intereses que choca y en las preocupaciones nacionales que ataca. Tratemos de desentrañar la verdad en medio de tal conflicto de contradicciones. Si hay fracciones de la humanidad que tienen un carácter diferente y un destino diverso; si esta diversidad persiste á través de los siglos, fuerza es admitir que las naciones sustentan personalidad como los individuos. ¿Qué constituye la esencia del individuo? ¿Por qué decimos que es una persona y que disfruta una existencia indestructible? Porque cada hombre tiene facultades diversas que está llamado á desarrollar; ni aún con la muerte se extingue, sino que renace á una nueva vida, cuyas condiciones son secuela de su vida anterior. Pues bien, las naciones también tienen facultades diversas que están llamadas á desarrollar. Un gran poeta lo ha dicho en el siglo XVII:

Un diferente genio
á cada pueblo otorga
la infinita prudencia de los cielos.

¿Cómo se manifiesta el genio diverso con que ha dotado la naturaleza á cada hombre? Por sus obras. Cada cual tiene una misión diferente que cumplir en el destino general de la humanidad, y esta misión se revela en las facultades con que Dios nos ha dotado. Otro tanto acontece en las naciones, dotadas también, como dice Corneille, de diversos genios. ¿Por qué esta diversidad? Aptitudes diversas implican un destino diferente, una misión particular. Lo que constituye la individualidad de los hombres y de los pueblos es precisamente la tarea que deben llenar en la obra general de la humanidad.

Las naciones, como se ve, son individuos que se distinguen de otros individuos por un genio particular, signo de un destino diverso, de una misión diferente. Mas ¿no podrá decirse que todo esto no pasa de una ficción, que sólo el hombre es real, que las naciones son seres imaginarios, ó por lo menos, ficticios, que la guerra ó la diplomacia las hace y puede por lo mismo deshacerlas? Equivale á preguntar por qué, además de los se-

res individuales, hay seres colectivos. La respuesta es fácil. Todo el mundo está de acuerdo en que el individualismo absoluto es imposible. Los individuos, si estuviesen aislados, no podrían vivir ni desarrollar sus facultades: la sociabilidad es una de nuestras facultades, y nos inclina invenciblemente hacia el estado de sociedad. ¿Cuál es esta sociedad? ¿Será el género humano? Nueva imposibilidad. Una sociedad tan inmensa de poco serviría para las débiles criaturas que buscan un apoyo en el concurso de sus semejantes. Hay otra razón decisiva. ¿Por qué no tienen todos los individuos las mismas facultades? ¿Por qué esta variedad infinita que nos admira y encanta? Porque las facultades del espíritu humano son de una riqueza infinita, y necesitan un número infinito de individuos para manifestarse; cada uno representa una faz distinta de la humanidad, y la desenvuelve con pasión, con amor, por cuanto es el principio de su vida. La reunión de todos estos esfuerzos individuales constituye la obra y la misión del género humano. Esta primera división del trabajo que la humanidad debe cumplir no basta; es preciso además que cada individuo se ligue a una sociedad particular, con la cual se encuentre en armonía de pensamientos y de sentimientos; solamente en un medio así organizado encontrará el apoyo y el concurso que le ha menester. De aquí la necesidad de las naciones.

Las naciones son necesarias para el perfeccionamiento de los hombres, objeto constante de nuestro común destino. Esto es un hecho y no una especulación filosófica. Tratada de separar a un individuo de la nación a que pertenece, y quedará sólo una abstracción. En este sentido tenía el conde de Maistre razón en decir que conocía Franceses, Ingleses y Rusos, pero que nunca había visto hombres. La nación comunica al hombre los caracteres que le individualizan y que son el principio de su vida y de su fuerza. Supongamos por un instante que no existen naciones, y resultará una cansada uniformidad; nada de individual ni de original; la vida imposible, la muerte en todo. Dentro de la nación solamente puede el hombre nacer y desarrollarse, y de aquí la profunda afección que a su patria consagra. El nombre mismo indica que la patria es quien engendra a los ciudadanos; el padre da la vida física a su hijo, la patria le da la vida intelectual y moral. Añadiremos que la crea-

ción de naciones diferentes obedece a las mismas causas que la creación de los individuos. El desenvolvimiento de la humanidad es tan rico, tan extenso, que una sola nación no bastaría; el trabajo debe ser repartido. Cada nación representa una idea, y su misión especial consiste en manifestarla por el idioma, el arte, la filosofía, el Estado. Las otras naciones utilizan este trabajo, y a su vez comunican los frutos del trabajo particular que por su parte han realizado. Por la reunión de todos estos esfuerzos es como la humanidad desarrolla, en una rica armonía, las facultades con que Dios la ha dotado. Las naciones son, pues, necesarias para que el género humano cumpla su misión.

II.

No exponemos una teoría, antes queremos probar con hechos el progreso. Es preciso, por tanto, que la historia corrobore lo que acabamos de decir, esto es, que cada pueblo tiene un carácter especial que es como la revelación de su naturaleza y el signo de su vocación. Los testimonios abundan; citaremos los más notables y convincentes. Hay en la antigüedad algunos pueblos que se pueden llamar teocráticos, porque están como dominados por la idea de Dios; tales son los Indios, los Egipcios y los Judíos. Dejemos a un lado al Egipto y la India, porque su papel en la vida humana es todavía un misterio. Los Judíos se llamaban el pueblo de Dios, denominación que puede la filosofía aceptar descartando lo sobrenatural. El pueblo elegido, y con justo título, se vanagloria de ser el depositario del dogma de la unidad divina; esta gran verdad no fué por ninguna de las religiones antiguas enseñada con tanta evidencia como lo fué por el Génesis. Jesucristo procede de Moisés, y no viene a abolir la Ley antigua, sino a cumplirla. Esto indica claramente la misión del pueblo de Dios. La Providencia le ha señalado con su mano. Ninguna nación se ha preocupado tanto como la judía de las cosas divinas y de la salvación de la humanidad. Hacia la época en que vino Cristo a predicar que iba a abrirse el reino de Dios, la raza de Israel parecía olvidar la vida real para no ocuparse más que del Mesías, cuya venida habían anunciado los profetas. Hé aquí una nacionalidad bien caracterizada y que parece indestructible. Todo lo que el genio de la persecución puede imaginar ha sido empleado

para convertir y desnaturalizar a los desdichados Judíos, quienes han resistido al hierro y al fuego, al ultraje y a la humillación. Si no forman ya un Estado, forman siempre una religión poderosa, y desempeñarán su papel en el movimiento que trabaja en preparar una nueva religión.

Hemos dicho ya cuán tenaz era el elemento helénico; ¿cuál es el genio de esta raza tan admirablemente dotada por la naturaleza? Platón responde que un espíritu ávido de ciencia. Los Griegos son una raza filosófica, literaria, un pueblo de pensadores y artistas. Jamás formaron nación, lo que no impide que el helenismo sea la marca de un pueblo que parece por completo entregado al trabajo del pensamiento y del arte. No hay destino más brillante que el de los Helenos. Ellos extienden la cultura griega por el mundo entero, civilizan a sus rudos verdaderos, preparan la vía a Cristo, despojan al cristianismo naciente del espíritu estrecho del judaísmo, que le hubiera hecho degenerar en secta, y desenvuelven los dogmas del catolicismo; después, cuando Roma amenaza sujetar el mundo cristiano bajo sus leyes de hierro, ellos rompen esta unidad funesta: dan a la Edad Media el único elemento de libertad intelectual que posee, la filosofía de Aristóteles, y en visperas de la era moderna resucita el helenismo para iniciar en el libre pensamiento al mundo europeo. La literatura griega será siempre el modelo de lo bello y de lo bueno.

Los Romanos no habían sido dotados de los brillantes dones que hacen de la Grecia un tipo inimitable. Diríase que era un pueblo de utilitarios, raza positiva y calculadora; las artes le son ajenas, no comprenden nada de las especulaciones filosóficas, no brillan más que en la ciencia del derecho: la ley, la idea de poder, de unidad, de imperio, rige todas las relaciones de la familia y de la sociedad. La misión del pueblo rey está escrita en su genio, como dice el poeta, llamado a conquistar y a gobernar el mundo. Su individualidad es tan tenaz como la de los Helenos. Trasmite su espíritu de unidad y de dominación a los papas que reemplazan a los Césares; y el genio de Roma antigua, aliado al de una religión que descansa sobre la unidad de la fe, tiene un poder tal, que burla los esfuerzos del tiempo. Con efecto, hay algo de inmortal en la unidad romana, y es que representa uno de los elementos de la naturaleza, la unidad,

al que la religión del porvenir y también la política deberán dar satisfacción.

Los pueblos modernos parecen tener una individualidad menos pronunciada que los antiguos. Viviendo menos aislados, ofrecen menos originalidad. La persistencia del genio nacional es por lo mismo más notable. Ya en la antigüedad llamó la atención de los historiadores el genio sociable de la raza gala y de la fogosidad impetuosa de sus empresas guerreras. Los descendientes de los Galos continúan siendo una raza militar y aventurera, brillantes cualidades que Dios ha empleado como instrumento admirable de propaganda. Gracias a su genio, que la arrastra siempre a dilatarse en el exterior, la Francia ha hecho una revolución destinada a regenerar el mundo. La Inglaterra carece de este espíritu cosmopolita; concentrada en sí misma, desenvuelve, en todas las fases de la actividad humana, el espíritu de individualidad que conserva de su origen anglo-sajón. Poderosa por su industria y por su comercio, lo es también por sus instituciones políticas, que han servido de autoridad y modelo a todas las naciones del continente. La Alemania, hasta nuestros días, parecía por completo entregada al trabajo del pensamiento, a los gozos del arte y de la poesía. No le basta, sin embargo, una gloria tan bella, prueba viva de la fuerza inherente al movimiento de nacionalidad. Repudiando su pasado de división, aspira a ser poderosa por la unidad, como lo ha sido por la inteligencia.

III.

Es un hecho que hay razas diversas y nacionalidades distintas en el seno de cada raza; pero este hecho no disipa las dificultades de la cuestión. Las nacionalidades tienden a constituirse en Estados. El movimiento se opera a nuestra vista en Alemania e Italia, promoviendo nuevas cuestiones y nuevas dificultades. ¿En qué signos se reconocerán las nacionalidades? Y dado el caso de conocer sus caracteres, ¿será preciso que existan todos para que las poblaciones pertenezcan a una misma nación formando un Estado? ¿Brotará de aquí un derecho absoluto para las naciones, como los derechos del hombre declarados por la Asamblea constituyente? Y si la distribución en Estados no corresponde a

la división de la humanidad en naciones, ¿no tendrán éstas el derecho de romper esas creaciones ficticias, tan pronto para separarse como para unirse? Estas cuestiones nos trasportan sobre un terreno candente; tratemos de satisfacerlas, en cuanto los hechos lo permitan.

Hay un primer hecho evidente, á saber: que la nacionalidad no se confunde con la raza. Casi todos los pueblos de Europa pertenecen á la raza aryaná; y ¡cuántas nacionalidades diversas encierra! Más aún. En el seno de cada raza hay distintas ramas: tales son los Celtas y los Germanos. Pues bien, ni una sola de las nacionalidades europeas deja de tener algo de las poblaciones germánicas y célticas. Hay que ir más lejos todavía; obsérvese por todas partes una mezcla de poblaciones pertenecientes á la misma nacionalidad y que forman, sin embargo, naciones distintas. La Inglaterra es una de las naciones más caracterizadas, ó, si se quiere, más originales. Pero si se pregunta: ¿es céltica, es normanda, es anglo-sajona? no sabremos qué contestar fijamente. Lo que sí podemos decir es que la nacionalidad inglesa se ha formado por la mezcla de diversas poblaciones, muchas de las cuales proceden del mismo origen: los Normandos son Germanos, como lo son también los Anglo-Sajones; pero cuando Guillermo conquistó la Inglaterra, los Normandos estaban ya romanizados; tenemos, pues, un elemento latino que viene á juntarse con los otros, y de la mezcla de todas estas poblaciones nace una nueva nación. La Francia, que se enorgullece de su unidad, contiene también elementos diversos: Celtas y Germanos, Iberos y Ligurios, Griegos y Romanos. ¿Cómo se verificó su mezcla y cómo se produjo una tan fuerte nacionalidad? La guerra y las invasiones de los pueblos bárbaros fueron las que depositaron esas capas sucesivas sobre el suelo de Francia. Es decir, que hay un elemento providencial en la formación de las nacionalidades, porque no se dirá seguramente que los Francos salieron de sus bosques para fundar la nación á que han dado nombre; Dios es quien reúne los elementos de las naciones, como reúne los elementos de los astros; media en todo esto un hecho de creación que podemos afirmar, pero que está fuera de la libertad humana.

Lo que decimos de la raza lo repetiremos de la lengua. Á primera vista, la lengua parece el sello

natural de la unidad nacional. Ciertamente que nada separa tanto á los hombres como la diversidad de idioma. La palabra *bárbaro*, que desempeña tan importante papel en la antigüedad, tiene su primer origen en la diferencia de lengua. San Agustín dice que no median más estrechas relaciones entre dos hombres que hablan lenguas diferentes que entre los hombres y los animales: así no cabe sociedad posible entre ellos; mientras que no hay lazo más poderoso que el que funda la unidad de lengua; y no solamente lazo material: la lengua es la expresión de los sentimientos y de las ideas; donde quiera que hay comunidad de lengua hay también comunidad intelectual y moral, al paso que donde difieren, los hombres piensan y sienten de una manera diferente, medios poco á propósito para unirlos. Esto nos dice la doctrina; los hechos, sin embargo, la desmienten. En Inglaterra se hablan diferentes lenguas, lo mismo que en Francia: los Galos y los Ingleses no se comprenden; el Alaciano no comprende al Lorenes, que se ha hecho Frances (1); el Frances y el Breton no se entienden mejor que el Frances y el Ruso. En Suiza hay tres lenguas; en la Constitución federal se lee: "Las tres principales lenguas que se hablan en Suiza, el alemán, el francés y el italiano, son lenguas nacionales de la Confederación." Véase, pues, una nación que tiene tres idiomas! Á pesar de ello, si pudiera dividirse la Suiza en tres Estados, comprendiendo cada uno las poblaciones que hablarán la misma lengua, sólo se conseguiría desgarrar un cuerpo animado de la misma vida, matarlo.

Cuando se pregunta si cada nacionalidad debe formar un Estado distinto, debe considerarse un elemento que no siempre se confunde con el de nacionalidad, á saber: el territorio y la población, lo que pudiera llamarse el elemento geográfico. Las naciones necesitan un territorio donde vivir y desplegar sus facultades, como el alma necesita un cuerpo que le sirva de instrumento y de órgano. Mas ¿quién determinará ese territorio? Aquí surge la cuestión, preñada de dificultades, de las fronteras naturales. Fuerza es admitir que hay fronteras naturales desde que se admite que hay naciones, y que estas naciones deben formar Estados. Pero

(1) Adviértase que este libro se publicó antes de la guerra franco-prusiana, y que esos departamentos han dejado luego de ser franceses.

¿cuáles serán los límites y quién los establecerá? En teoría puede decirse que son los mares y las montañas. La mar separa, por más que sea un medio de comunicación. Nadie dirá que los Anglo-Sajones de la Gran Bretaña y los Anglo-Sajones de los Estados Unidos, siendo hermanos, deben formar una misma nación, un mismo Estado. La política había tentado esta obra imposible; mas como la unión era contra naturaleza, se rompió. No sucede lo mismo respecto á los ríos, que no separan, antes unen, á los ribereños; el valle es por su naturaleza uno, por más que esté atravesado por una corriente de agua. Las montañas separan tanto como los mares; llámase las barreras, y constituyen límites naturales. Esto es verdad, al menos respecto á las grandes cadenas de montañas, tales como los Alpes y los Pirineos. Con todo la separación cede á los esfuerzos del hombre y abate las barreras que la naturaleza ha levantado. En los llamados límites naturales no hay, por tanto, nada absoluto. La geografía física no puede por sí sola resolver la cuestión, debiendo tomarse en consideración otros elementos. ¿Requerirás que una nación tenga un territorio bastante extenso para que ofrezca vasto campo á su actividad, para que mantenga una población suficiente, sea como defensa contra el extranjero, sea como principio de desenvolvimiento intelectual y moral? Mas ¿quién fijará esta extensión? ¿No se encuentran en conflicto las más veces las exigencias de territorio y de población con el principio de nacionalidad? Cuando la Francia reclama la frontera del Rin para completar la unidad de su territorio, olvida que quiere reunir en un mismo Estado poblaciones de origen, de lengua, de cultura y de tradiciones diversas.

Nos encontramos en medio de un cúmulo de perplejidades. En definitiva, el historiador se ve obligado á confesar su ignorancia. Hemos demostrado que en el hecho originario de donde proceden las nacionalidades, ó sea la mezcla de poblaciones, hay un elemento providencial. Este elemento se encuentra por todas partes en esta grave cuestión. Ciertas poblaciones alemanas de origen, de carácter y de costumbres, deberían formar cuerpo con la Alemania; y, sin embargo, vemos á la Alsacia unida á la Francia por un lazo tan poderoso, que la Alemania, victoriosa en 1814, no se atrevió á romperlo. ¿En qué consiste que esos pueblos alemanes se esfuerzen en permanecer franceses?

¿Quién, fuera del que crea las nacionalidades, podrá responder á esa pregunta? Si las naciones son individuos, es preciso confesar que proceden de Dios, lo mismo que los hombres. Dios nos da el alma y el cuerpo; Dios da á una reunión de hombres facultades particulares, signo de una misión diferente, y él es quien les asigna los parajes que deben habitar. Sabido es que el genio de las naciones está en armonía con el territorio que ocupan, de donde se ha deducido con sobrada ligereza que el territorio forma el genio de las naciones y determina su destino. Es como si se dijera que el cuerpo forma al alma; en todo caso el alma sería quien hiciese al cuerpo, porque es contradictorio que el órgano cree al principio, siendo éste el que debe crear al órgano. En una palabra, Dios sólo es creador; así como da al alma la envoltura que á sus facultades conviene, así da á las naciones el territorio que responde á su misión. Dios ha creado territorios donde la vida se desenvuelve bajo condiciones diferentes; estas diferencias no pueden ser accidentales, puesto que, no procediendo del azar, no tendrán el azar por efecto. Dios es quien de antemano ha apropiado las diversas partes de la tierra al carácter y á las necesidades de los pueblos destinados á habitarla. Él es también el que dice á las naciones: Llegaréis hasta allí. Ignoramos sus designios, y sólo nos es dable hacerlos constar á medida que la historia los revela. Esto es de una completa evidencia con relación al elemento moral de las nacionalidades. ¿Quién ha dado á los Indios, á los Griegos, á los Latinos, á los Celtas y á los Germanos, hermanos todos, facultades diversas? ¿Quién sino Dios? ¿Quién les ha traído desde el lejano Oriente, á los unos á Grecia, á los otros á Italia, á estos á Alemania, á aquellos á las Galias? ¿Quién sino Dios? Encontraron morada apropiada á sus facultades y en relación con su destino. ¿Quién la preparó sino Dios? En conclusión: la nacionalidad es un hecho primitivo, de creación, análogo á un hecho cosmogónico. La historia puede asegurarlo, pero no explicarlo (1).

(1) BALLANCE, *Palingenesis*. Prefacio.—Otfried Müller dice muy bien: "Die Nationen sind grossere Individuen deren Charakter von einer höhern Natur an Anfang an bestimmt, durch die Erziehung der Weltgeschichte entwickelt wird, nach Gesetzen die eben so weit über dem Causalnex der einzelnen Momente, als über der subjektiven Freiheit der Individuen stehen." (*Die Dorier*, Vorrede, p. 6).